

Los Pombianos del exilio

Carlos Sampelayo

Al hablar de los pombianos del exilio, casi todos ellos muertos en él, hay que empezar naturalmente por RAMÓN, creador de Pombo y del pombianismo, si no una corriente literaria, sí revolucionaria tanto en arte como en ideas. Es difícil encontrar a estas alturas un pombiano que fuera de derechas, incluso en los que por comodidad o indiferencia dejaron de emigrar. Traigo a colación unos cuantos, como apuntes, quizá intrascendentes, para unas curiosas biografías de escritores y artistas nuestros engarzados en los años 20 del siglo XX.

De esa manera comencemos por Ramón, que en unas breves notas autobiográficas de la primera edición del *Pombo* de 1924 confiesa sus orígenes idealistas, con las originales consecuencias «ramonianas»:

«Con unos desconocidos, que después he perdido de vista, iba a leer *Tierra y libertad* al paseo de coches... (...).»

«Yo era un niño de doce años, y tan fuerte fue mi exaltación que aún yendo en el redil del padre a jugar al Retiro, en aquellas mañanas muy tempranas en que la ida al Retiro fue un exquisito regalo paternal, yo me escapé a un mitin que se celebraba en los jardines del Buen Retiro; y una frase que grité fue la chispa que hizo que acabase el mitin con gran escándalo y que fuésemos conducidos a la delegación los anarquizantes. El inspector Marsal me llevó del brazo, apretándomelo de tal modo que después sostenía yo aquel

fiero apretón detuvo mi crecimiento (...). Era la hora de tirar piedras desde la barricada.

Unos decían: *Está loco*, con rotundidad, y otros sostenían que es que me emborrachaba.»

Más adelante se explaya contra los burgueses:

«Cuando pienso en esa cosa enteriza de potro sin desbravar, de perra que aún no yació con perro alguno, de hongo abierto por un exceso de leche, que tiene la burguesía, me dan ganas de vomitar.»

La soledad del exilio

Automoribundia es quizá el mejor libro de Ramón escrito y publicado en 1948, durante su primera etapa de exiliado en Buenos Aires, aunque a él, el que más le gustaba era *El hombre perdido*, según declaraciones de 1953, posiblemente porque ese libro fuera un reflejo de su soledad, de su olvido. Después de *Automoribundia* publicó *Lo que no dije en*

mi automoribundio, y dejó sin terminar *Lo que no dije en «Lo que no dije en mi automoribundia»*. Con él había reformado el gusto propio de 1953. Los mejores libros son siempre los que no se llegan a escribir o a terminar de escribir.

También hablaba de su *Diario* como de final de vida, que estaba haciendo. Sin embargo, a veces publicaba días de su diario porque no resistía a la tentación de dejarlos pasar.

Se asomó a la España franquista y se volvió en seguida otra vez a América porque la gente se asombraba de sus gritos. Se encontró a Pombo como un hijo rebasado, como uno de esos hijos discretos que afean a los padres las alegrías de la vejez.

En los primeros meses de 1954 recibió un cable en el que se le anunciaba el fallecimiento de Pombo. Ramón lo comentó así:

«Ha muerto de estranguria



y no ha tenido que ver nada con su desaparición el que yo esté aquí como voluntario... (...).»

Y aun hizo este otro comentario ante la decadencia de los gritos y discusiones:

«Como no hay opositores libres en los cafés y las redacciones, la vida literaria puede convertirse en una porquería.»

De los españoles en América, Ramón tenía clasificados a los que él llamaba tagarotes, o sea «hidalgos pobres que se arriman a comer de gorra». A Ramón se le podían perdonar sus escasas y pequeñas injusticias, el que fue siempre pararrayos de ellas.

«El tagarote —decía— de pronto se transformó y aprovechando los tiempos revueltos ambicionó ser un dirigente, un embajador extraordinario, un caudillo improvisado. Como esos papeles que salen volados, o navegan en la riada, los tagarotes salieron por el mun-

do y ahora andan por ahí despotricando, partidarios de lo más inesperado. En América están presumiendo de feroces, de incomparables, de puros.»

Esos tagarotes ramonianos han sido luego los *recuperados* sin necesidad de *recuperación*, los que presumieron de *feroces* de América.

Otro pombiano encontrado en el Plata por Ramón fue Guillermo de Torre, de quien decía que era el inventor del ultraísmo.

Se carteaba con otros amigos de México, entre ellos Salvador Bartolozzi, Simón Otaola (gran escritor vasco desconocido en España, porque no ha hecho el *tagarote* en América, un poco influido de él, y al que sólo conocía epistolariamente) y Alvaro de Albornoz y Salas, el estupendo humorista que no tuvo tiempo de volver a España, a quien estimaba mucho, sobre todo literariamente. Pero Ramón, gran contestador

a mano de todas las cartas, ya las iba espaciando cada vez más. Ultimamente había sustituido su característica tinta roja por una tinta verde, como de paso para peatones.

Tampoco quería dedicar ya prólogos a los libros de los que hacían sus pinitos en la España entontecida. Se negó a ello hasta con Edgar Neville, uno de los más conspicuos pombianos y amigo.

Benavente también estuvo con él en Buenos Aires, y le regañó. No le gustaba la silueta que le había hecho Ramón en su tomo de *Retratos contemporáneos*. Le atribuía anécdotas falsas. Ramón le contestó:

«Las falsas anécdotas por lo menos sustituyen las verdaderas que no se pueden contar.»

Insomnio

De la gran soledad en que se encontraba nacen las *Cartas a mí mismo*, que —según confe-

sión propia— tardó en escribir unos años, «a dos o tres cartas por año», y porque se encontraba en «un mundo ensombrecido y sin correspondencia». Sí, en ese mundo que seguimos viviendo donde ya nadie se considera con la obligación social de contestar a las cartas sin interés económico.

Aquel no querer dormir de las noches sabatinas de Pombo en que nos proponía seguir la tertulia en torno a un farol cuando cerraban el café era ya consuetudinario en todas las noches de Ramón. Buscaba pretextos para no acostarse. Siempre tenía el deseo de ver el alba, aun sin salir de casa, pues aunque le gustaba la calle más ahora que antes tenía los días «de puertas adentro», esos días en que no sale uno no se sabe por qué, quizá por pereza de saludar a la portera.

Trabajaba de noche y a media mañana. Por las tardes apetecía como nunca el asiento de terraza en los bares de Buenos Aires; pero que fueran de sillón, como el de su casa, al que tanto cariño profesaba. Lo malo era tener que levantarse para coger las cosas, y pensaba con deleite en el sillón de ruedas. Cuando hizo su escapada a España había dicho a los que le homenajearon en el barco al pasar la línea ecuatorial:

«Voy a la madre patria para volverla a ver y con la sola ambición de sacar para mí un sillón de ruedas.»

También coqueteaba con los bancos públicos y las sillas de jardín, y le contrariaba que le hubiesen madrugado el banco de todos los días.

Le invitaban a cenar con frecuencia, pero volvía siempre desengañado de las sobremesas, porque en todas se observaba la insinceridad de la época.

«No quieren sinceridad pura —decía—, ni en la hermética habitación íntima.»

Era el mismo efecto que le producían los libros y periódicos de entonces: «Ahora creo que escribir sinceramente es el



Ramón Gómez de la Serna, en su rincón favorito del Café Pombo.

artificio más difícil del mundo.» Seguiría diciéndolo hoy.

Su única tertulia era Luisita, su admirada y admirable mujer, y le proponía llegar a ser dos asilados en un asilo de ancianos.

Cuando se sentía con la «sospecha de enfermedad», sólo le preocupaba «no saber dónde va ir a parar el amor de Luisita».

Un joven viejo

«Hoy he estado con Hiro Hito, el emperador del Japón, y me da dado un té magnífico...»

Viajaba su fantasía sin sueño en esos días en que «se salía de la vida» para ir a buscar las de-

liciosas mentiras tan confortables como su sencilla realidad:

«Si yo puedo comprar unas cuantas medicinas, pagar la luz, tomar judías verdes con tomate y un limón exprimido tengo bastante.»

La vida de Ramón, como su literatura, no se desdoblaba. Una vez al acostarse a cualquier hora le dejó un papel a Luisita, que decía:

«Si vuelve a haber sol cuanto tú te levantes, llámame: o si no tenme pescado frito y zanahorias.»

Lo mismo hubiera hecho treinta o sesenta años antes. Era la personalidad que no se enmohecía a través del tiempo, expresada en esta consideración final sobre sí mismo:



Ramón Gómez de la Serna, en el torreón de la calle de Velázquez, entrevistando durante la madrugada a su muñeca de cera.

«He sido un joven que se ha vuelto viejo de pronto sin darse cuenta.»

Y como uno de esos jóvenes ambiciosos y responsables que comienzan a balbucear su obra, él al cabo de la suya tan profunda tampoco estaba satisfecho. Todos los años se acababan sin poder escribir una línea de lo que hubiera querido escribir.

«... estoy desesperado —alega— porque hay que escribir biografías y biografías; es el encargo que abunda, y así perdemos nuestra existencia ocupándonos de los otros en el pasado y el presente».

Varias veces se queja de esa insatisfacción al término «sospechado» de su vida. Algunas

con el patetismo de la revelación.

«Charlot»

El teatro, esa aspiración malograda de nuestro gran precursor, seguía latiendo en él y ya sin manifestarse. A veces iba a ver alguna comedia, y hasta se entusiasmaba:

«Fui a ver *Titania*, de Benavente, admirablemente representada por Lola Membrives.»

Pero ya no se atrevía a intentar nuevamente la aventura teatral, esa aventura en la que había sido descalabrado, como «Don Quijote» en las suyas.

Sin embargo, anda por ahí una obra teatral de Ramón, prácticamente inédita. Me refiero a su ópera *Charlot*, que



Ramón Gómez de la Serna, caracterizado de negro de «Jazz» leyendo una conferencia.

lleva música de Salvador Bacarisse. ¿No sería un estupendo homenaje ponerla en escena?

Durante la guerra le llegaron ofrecimientos a Buenos Aires para estrenarla en el Liceo de Barcelona, pero no llegó a estrenarse.

Charlot la tenía Bacarisse en México. No sabemos por qué no trató de darla a conocer. Ramón no guardaba ninguna copia, y hablaba de esta obra con cierta ilusión de experiencia incontrastada.

Todo estaba pasado en el alma de Ramón, un Ramón en zapatillas, sin deseos, afanes, proyectos y aspiraciones. Marca su más triste sonrisa al decir:

«Soy un emigrante, sin nadie

en el mundo... Cuando se escanto rodado, escarabajo... Tengo que ir a ese valle final donde no hay nadie y ni se oye el pitido del tren... Mi corazón se abre como una herida — ¿qué más es un corazón que una herida en plena hemorragia?»

En una de esas salidas últimas a la calle se lo encontró un amigo paseando por un parque:

—¿Qué tal Ramón? ¿Cómo le va?

—¡Pchss! Aquí... esperando mi cáncer.

Se le había muerto recientemente un hermano de la tal llamada «enfermedad incurable», y estaba que no le llegaba la camisa al cuerpo.

Tras el primer coma diabético, que le tuvo ante la muerte antes del tiempo predestinado, dijo aquello tan bueno de:

«No mata el coma, ni siquiera el punto y coma; lo único que mata es el punto final.»

Es el mismo año 1956, en que ya repuesto, decide romper su silencio de prologuista ante el primer tomo de las *Revoleras*, de Alvaro de Albornoz y Salas, y le envía la siguiente «bendición y epístola»:

«No hago prólogos, pero cuando me piden uno para greguerías y además éstas son buenas como las de Alvaro de Albornoz, disparo una bendición.

Creo que esto es mejor que un prólogo, pues un prólogo

puede ser falaz y mendaz bajo su apariencia elogiosa, pero una bendición es leal y verdadera.

Además por tratarse de Alvaro de Albornoz, sobresaliente creador de ese bárbaro humorismo español —yo también pertenezco al gremio— que sale de la Moncloa madrileña al atardecer —de ese mismo paraje salían los caprichos de Goya—, le aplicaré después de la bendición un poco de epístola gregueresca y le diré que no falte nunca a ese género con el que se desposa y que respete el mandato de «creced y multiplicaos», dando carrera libre a todas las greguerías que se le aparezcan, de nueve en nueve meses.»

No es posible olvidar su rostro, su mirada certera que donde ponía el ojo ponía la greguería. No es posible olvidarlo. No lo borra aquel otro, el último de las horribles fotografías de Buenos Aires.

POMBIANO 2

Salvador Bartolozzi

Sigue la cuenta de los pombianos muertos en el exilio. Ahora nos toca señalar la cifra de Salvador Bartolozzi, el dibujante español más estilizado en la época dorada de los Penagos, Federico Ribas, Aristo Téllez, Emilio Ferrer, Barradas, Arteché, etc.

Bartolozzi, que fue tan querido, tan admirado en España, pombiano ilustre representado en el célebre cuadro de Solana como uno de los elegidos de la cripta, no tuvo en México todo el acatamiento, la exacta valoración, al menos, de su arte.

Realizó una exposición interesantísima, algunos bocetos decorativos de teatro, y luego se dedicó a jugar al ajedrez, o a ver jugar, que viene a ser el mismo divertimento.

También intentó resucitar las aventuras teatrales de «Pipo y Pipa», que habían llegado a ser muy populares en los jueves del Infanta Isabel en Ma-



Ramón, ya en Buenos Aires, y, al fondo, su cuadro al óleo en que retrató a su mujer, Luisa Sofovic.

drid. Gustaron. Todo lo que hacía este extraordinario artista gustaba, porque no tenía más remedio que gustar. Pero no llegó a alcanzar el prestigio de que estaba rodeado al terminar la guerra. Y, sin embargo, aquella exposición de que hablo me parece lo mejor, lo más granado y maduro que hizo el gran pintor-dibujante.

Fue otro de los que murió soñando con recobrar España. Pero no le dio tiempo. Tuvo un absceso de tipo canceroso en la cara, del que pareció curarse con las aplicaciones del clásico radium. Poco tiempo más tarde murió. Del cuadro de Solana ya no queda nadie.

POMBIANO 3

León Felipe

León Felipe murió a los ochenta y cuatro años. Cuando cumplió los setenta se le dio un banquete al que concurrió toda la intelectualidad mexicana y la española exiliada.

El discurso de León fue como una despedida. Creía que estaba ya al final del camino, y había en sus palabras un presentimiento de muerte indudable, que habría de tardar catorce años más.

Pero la muerte había de llegar al poco tiempo a su casa llevándose a la compañera constante, la esposa cómoda, el lebrél guardián, que preservaba al poeta de sus debilidades, de su pródiga bondad nociva.

Para un poeta tan despistado de la vida difícil como era León Felipe, quedarse de pronto solo, en un pequeño apartamento, sin saber dónde están los calcetines, ni el bastón, ni la barba que ha de llevar aquel día, varios después de la tragedia, es la locura; la locura sin violencias, la locura quieta, extática, en espera inútil de que se hunda la casa, o mejor el mundo.

Tras la última visita de pesame pasaron días sin salir del

apartamento, tumbado en la cama, como esperando morirse él también.

Lo salvaron los amigos, turnándose en acompañar su soledad.

«No hay que dejar solo a León», fue la consigna.

Y se consiguió que volviera a sus tertulias. Tertulia en el café italiano «Sorrento» o el «París» después de comer. Tertulia a última hora de la tarde en la cafetería «Marly». Tertulia después del teatro, hasta las dos de la madrugada en el «S'amborns».

Los que le rodeaban eran siempre los mismos: Juan Rejano, poeta de Málaga, muerto en 1976 cuando se disponía a volver a España para alinearse en las filas comunis-

tas; Francisco Pina, que biografio a Baroja y a Charlot; Rafael Hernández-Barroso, matemático y pintor madrileño; algunas veces don Mateo, padre de Rafael, ex crítico de música de *La Libertad* de Madrid, que si vive tendría ahora 104 años; otras, Antoniorrobes, uno de los pocos humoristas de izquierda y autor varias veces premiado de cuentos infantiles, precursor del género, que un día fuera alcalde de El Escorial, donde vive al fin ahora. Y siempre, Pío Caro Baroja, cuando sus quehaceres le obligaban a permanecer en México. En la época en que Sarita Montiel estaba allí también solía ir por la tertulia del «París» con su ex representante Juan Manuel Plaza.



Una fotografía de Ramón Gómez de la Serna durante su exilio bonaerense.



Antoniorrobles, Ramón Gómez de la Serna y Salvador Bartolozzi, disfrazados de Reyes Magos...

Las tardes del «Sorrento» solían engrosar la tertulia el dibujante Rivero-Gil y algunos españoles más que se movían en el ambiente intelectual y artístico, como avergonzados de dedicarse a los negocios y tener cuenta corriente en los bancos.

Temas de León en la tertulia

Uno de sus temas era hablar de su sobrino el torero Carlos Arruza, que costeó varias veces sus giras de conferencista por América y sus empresas teatrales.

De quien siempre hablaba mal a la primera ocasión que se presentaba era de Juan Ramón Jiménez. Los dos poetas se tuvieron siempre odio mortal. Juan Ramón dijo una vez de León Felipe:

«Lo de Felipe me lo explico, pero lo de León...»

Precisamente era en los

tiempos en que León presumía más de León.

Cascarrabias y poetas de barba blanca los dos, de un atuendo y una majestad parecida, daba la impresión de que estuviera justificada su inquina mutua.

Ultimamente, la preocupación más honda de León Felipe era el teatro. Recordaba con fruición sus tiempos en que trabajaba como meritorio en la compañía de Tallavi, después de haber sido boticario en su pueblo. Tenía como compañero de cuarto a Manolo Merino, otro frustrado actor para desgracia del arte escénico. Pero así como Manolo Merino, periodista también desaparecido, nunca conservó el efecto teatral en su conducta, León Felipe actuaba en la vida la mayoría de las veces en actor dramático consumado. En el escándalo público creía uno que imitaba a Valle-Inclán, que también fue actor de teatro. Hasta en situaciones y cir-

cunstancias parecidas. De la misma manera que el autor de *Divinas palabras* se levantó una noche en el patio de butacas para denostar a la Xirgu durante un estreno, León Felipe se levantó también durante la representación en un teatro de México para denostar a un actor porque se introducía el dedo en la nariz. Avanzó tronante por el pasillo central de la sala, blandiendo el bastón, y con él golpeó en el suelo del escenario gritando desahogado contra la falta de respeto que suponía para el público, y para la obra, y para el teatro en general, aquel acto escatológico.

Los demonios familiares

León Felipe Camino de la Rosa Galicia ha sido sin duda uno de los embajadores más claros de nuestra raza en América.

Su hermana casó con un señor mexicano apellidado Arruza, y de ese matrimonio nació el célebre torero de México que fue tan querido y admirado en España.

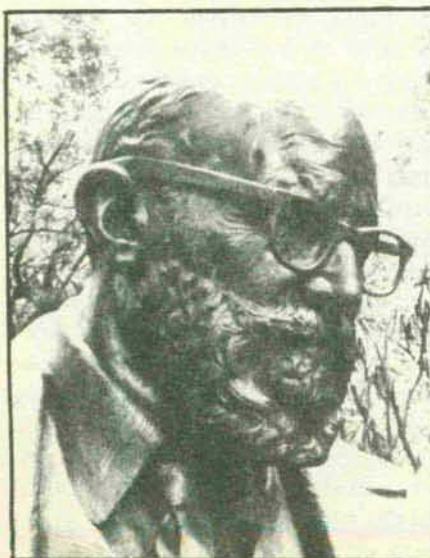
Sobrino de León era también Paco Galicia, pintor y contertulia impenitente, padre de una bellísima mujer, María Luz Galicia, que fue estrella cinematográfica y bailarina de un flamenco de solera. Cuando se dio en México la película *Flamenco*, en la que actuaba como protagonista María Luz, su abuelo León se mostraba muy orgulloso. Por una línea familiar Arruza; por la otra María Luz. De Arruza estaba tan orgulloso, tan orgulloso, que hasta decía que era un gran escritor. Porque el torero se metió también a argumentista de cine. Un argumento que le corrigió su tío, y al que no hubo ningún productor que «le entrara al toro». Era tal la admiración que León Felipe sentía por su sobrino, que incluso lo concibió como intérprete teatral de una obra suya. Pero Carlos Arruza no sabía decir dos palabras seguidas ni aun cuando lo entrevistaban



León Felipe Camino.



Una de las últimas fotos de León Felipe en su exilio mexicano.



Estatua en homenaje a León Felipe en Ciudad de México.

por la televisión. La admiración se resintió un poco una vez que Carlos le dijo a su tío:

«Mira, tío: Yo te doy todo el dinero que quieras para que puedas vivir escribiendo tus versitos, pero sin meterte en empresas teatrales. Para esos negocios en que se pierde el dinero no te doy ni un centavo más.»

Y era verdad que en esas empresas de León costeadas por Arruza se perdía siempre. Se perdía a pesar del éxito constante de crítica y del asombro de las excelsas minorías. De la resonancia intelectual en las páginas literarias de los periódicos mexicanos.

A pesar de todo eso..., el público que conserva la buena costumbre de pagar la entrada en la taquilla prefería ir a ver las obras de Muñoz Seca a las de León Felipe.

Las paráfrasis

Y, sin embargo, el poeta se superó a sí mismo en la labor realizada durante los muchos años de residencia en América.

Su primera pirueta teatral fue la adaptación de una obra de Christopher Fry. Como la gente aún no conocía al poeta inglés, y la obra tenía tanto del estilo del poeta español, todos creían que éste se había inventado un nombre de «editor responsable». Al año siguiente estrenó León su mayor éxito. Una paráfrasis de la *Noche de Reyes*, de Shakespeare, con el caprichoso y alambicado título de *No es cordero, que es cordera*. En esta obra se reveló un actor español que había sido juez durante la guerra de España, y que hoy es uno de los más considerados intérpretes de México, incluso Premio Nacional de Teatro: Augusto Benedico, cuyo nombre verdadero es el de Augusto Pérez Lías.

El éxito de *No es cordero, que es cordera* trajo consigo una especie de frenesí en nuestro poeta por el teatro. Anunció dos paráfrasis más de Sha-

kespeare: de *Otelo*, con el título de *El pañuelo encantado*, y de *Macbeth*. Las tertulias comenzaron a murmurar jocosamente sobre aquella colaboración que León Felipe le prestaba al «cisne de Avon».

Se estrenó la paráfrasis de *Macbeth* con todos los honores en el teatro de las Bellas Artes, algo así como el Liceo de Barcelona o el Real de Madrid en cuanto a categoría y condiciones. Isabela Corona, actriz dramática entonces en boga, hizo de «lady Macbeth», después de pelearse con León en todos los ensayos por un «quí-tame allá esas comas». No estaban de acuerdo la actriz y el



Cipriano de Rivas-Cherif.

poeta dónde había que marcar la coma en los recitados. Y cuando ella ensayaba, confiada ante el director de escena y la oscuridad de la sala, León — que a pesar llegaba a paso de lobo — sin ser visto y sin saberse su presencia en el teatro, rugía de pronto desde un principal o desde lo más recóndito del patio de butacas en penumbra:

«¡Esa coma!

Naturalmente, esto le ponía frenética a Isabela Corona, y le hubiera puesto igual a cualquier actriz con menos prestigio que ella. Pero León, poco habituado a la diplomacia del teatro, la reñía de una manera violenta, como un coronel a un

soldado. No tenía la dúctil serenidad común a los directores escénicos. Y ella se revolvía como una furia, gritándole a veces paradójicamente:

«Pero, ¿usted quién se ha creído que es...?»

Gafe

Una mañana Cipriano Rivas-Cherif fue a visitar a León y se lo encontró en la cama como siempre a esa hora; pero esta vez rodeado de numerosos libretos de teatro que se esparcían sobre la colcha y la mesilla de noche, unos abiertos y acotados por determinada página, otros cerrados y uno de ellos en las manos, atento a su lectura. Eran las numerosas obras de los Quintero. Rivas-Cherif le interpeló con una sonrisa irónica:

Se tardó mucho, pues, en es-trenar *La manzana*. León no encontraba director adecuado para poner en escena su obra. Primero fue Rivas-Cherif. Luego Alvaro Custodio. Después...

Volvieron las bromas en los corrillos teatrales y en los cafés. *La manzana* era un com-dín de todos los desahogados humorísticos, y había quien hacía cuernecitos con los dedos cuando se hablaba de ella. Al fin se estrenó la obra y, como siempre, al gran éxito de crítica acompañó el descrédito de taquilla.

Acabado de llegar de Buenos Aires a México Edmundo Barbero, primer actor de Margarita Xirgu en las temporadas de Sudamérica, y se unió a León Felipe, entonces desar-bolado y sin dinero para hacer-

se empresario de su última obra original: *El juglaron*. Traía Edmundo unos cuantos miles de pesos en la cartera, quince o veinte, y no tuvo inconveniente en arriesgar aquellos ahorros para hacerse empresario de un pequeño y oscuro teatro de bolsillo de la ciudad de México, y representar *El juglaron*. Puede ser que el actor lo hiciera sin ánimo de lucro, sólo por fervor al poeta. Pero es la verdad que sus ahorros no los volvió a ver nunca más, y este otro acontecimiento artístico pasó sin pena ni gloria.

Pero sus fracasos económicos en el teatro no tienen nada que ver para que esas obras y los otros libros publicados en México hayan formado una labor epigonal que cuenta en la historia de la lírica española actual. Uno de esos libros titulado *Llamadme publicano* fue reimpresso varias veces en distintos países de América, cuyas universidades abrían las puertas al poeta español, y en alguna de las cuales, como en Tucumán, sublevó a los estudiantes contra un gobernador sin escrúpulos.

POMBIANO 4

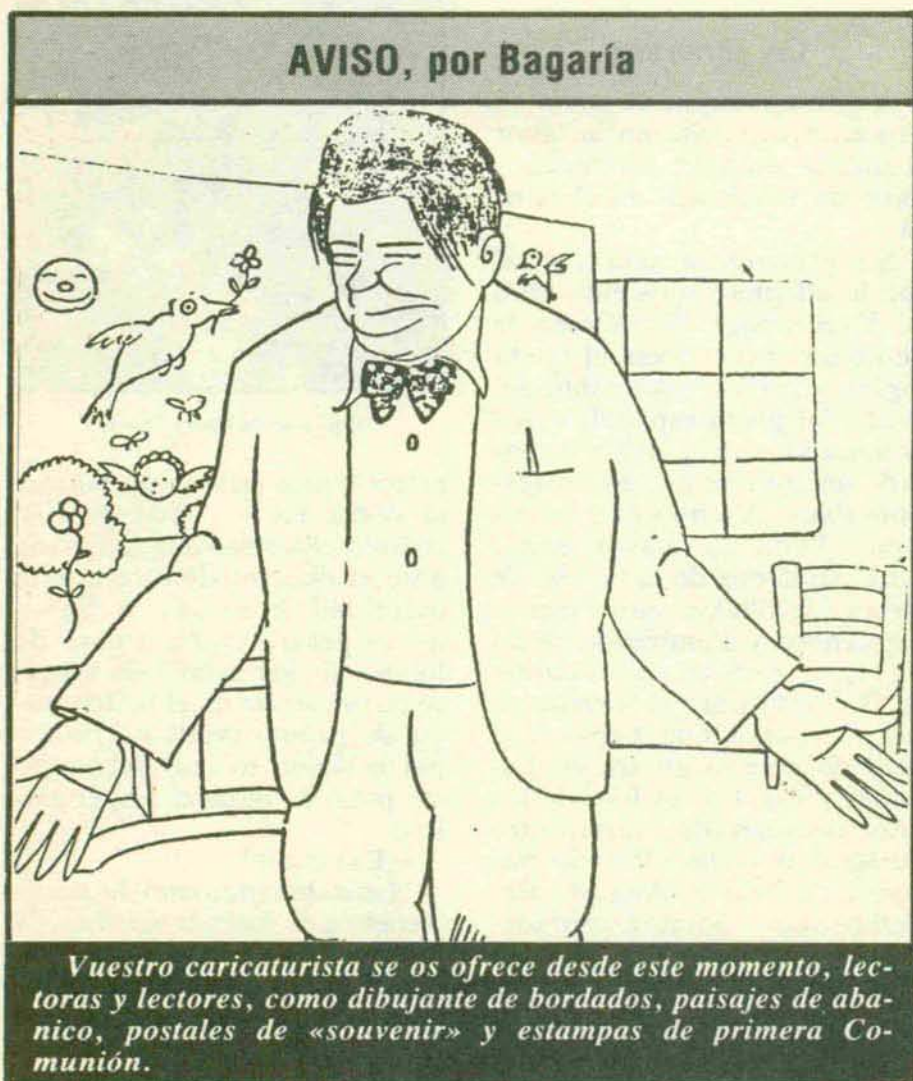
Bagaría

Bagaría llegó a Cuba en 1939 con un gran dolor que ahogaba en copas: la muerte de uno de sus hijos durante la guerra y como consecuencia de ella. Lloraba constantemente, con un llanto senil en el que intercalaba muestras de su inconfundible humor, que provocaba la risa estallante de la tragedia grotesca.

Bagaría se equivocó. En un banquete monstruo que le dieron en Madrid había dicho, hablando de la capital de España:

«Su espíritu afectuoso me hizo adivinar desde el primer momento que yo viviría y moriría en Madrid.»

Y no. Murió y le enterramos en La Habana, en una tarde



Autocaricatura de Bagaría.

muy gris en que lloviznaba inconsolablemente, como las lágrimas últimas del caricaturista.

Poco tiempo después, el entonces embajador de México en La Habana, licenciado Gilberto Bosques, prestó a los españoles un servicio más, patrocinando en la capital cubana una exposición de producciones inéditas del originalísimo caricaturista catalán. En ella, aquel diplomático protector de los españoles del éxodo leyó unas cuartillas de «presentación» de las obras bagaríanas, que luego figuraron como prólogo de un lujoso álbum con la reproducción de las mismas. Vale copiar algunos párrafos de aquella disertación como aporte a una biografía de uno de los artistas que más personalidad acusó en su época.

«Aquí está Bagaría, señoras y señores —dijo el embajador—, aquí está en obra suya culminante y póstuma. Decimos nada más Bagaría. Este es el nombre completo del caricaturista español, troquelado en la perennidad de su obra. Basta decir Bagaría, como decimos Goya, Daumier, Posada, Gullbrasson. Su obra póstuma está aquí. Sus huesos, en el cementerio de La Habana. Su memoria y su gloria, en el mundo del arte. Todo lo que aparece en esta exposición fue concluido en París, antes de que Bagaría emprendiera su último viaje para morir en La Habana (...). Las jornadas de este catalán indolente y predestinado comienzan para el arte en abanicos pintados, bien pintados y mal pagados. Y para huir de abanicos y miserias sale de España y llega a América, a Cuba, a México. El gran artista en ciernes sigue viviendo penurias y buscando horizontes. El trabajo de mostradores y bobdegas no es para él. Su juventud y su fantasía necesitan aire libre. Prefiere ser, en la ciudad de México, albañil, repartidor de pan, vendedor ambulante de cigarrillos. Pero dibuja en los momentos fugaces sin tarea de menestral o en horas de vi-

gilia y esperanza. Y quien había de ser el gran señor del ocio bohemio, trabajaba y creaba por aquellos años de la primera década del siglo.

En 1911, Bagaría volvió a España. Y otra vez pintó abanicos. Y pintó cuadros para exposiciones nacionales del Madrid de entonces. Pintor de pincel apresurado; casi pintor de circunstancias; pintor por íntima exigencia de expresión plástica. Gran dibujante de siempre; dibujante, sobre todo. Y el caricaturista habría de surgir —se dijo por muchas voces— en el camerino de Enrique Borrás, donde Bagaría esperaba al gran actor viendo caras cómicas y palpando ficciones de tablado. Por allí han quedado algunas caricaturas de Borrás, de amigos, de actores y figurantes.

La fama echó a correr su nombre. El nombre del caricaturista de *La Tribuna* y de *El Sol* de Madrid, de *Le Rire* de París, de la Primera Exposición de Caricaturas que vio España en Tarrasa. Ya con nombre y aplauso, Bagaría volvió a pintar, aferrado al lápiz del caricaturista. Otra vez el pincel apresurado para concursos a fecha fija, para ganar unas pesetas, segundos premios, segundas medallas y menciones y menciones honoríficas en exposiciones nacionales y medalla de oro en el Tercer Salón de Humoristas de Madrid, y segundo premio en una exposición internacional. Buen pintor que un día no quiso seguir siendo pintor de exposiciones domésticas y de más allá. El genio que moraba en su espíritu lo hizo definitivamente cari-

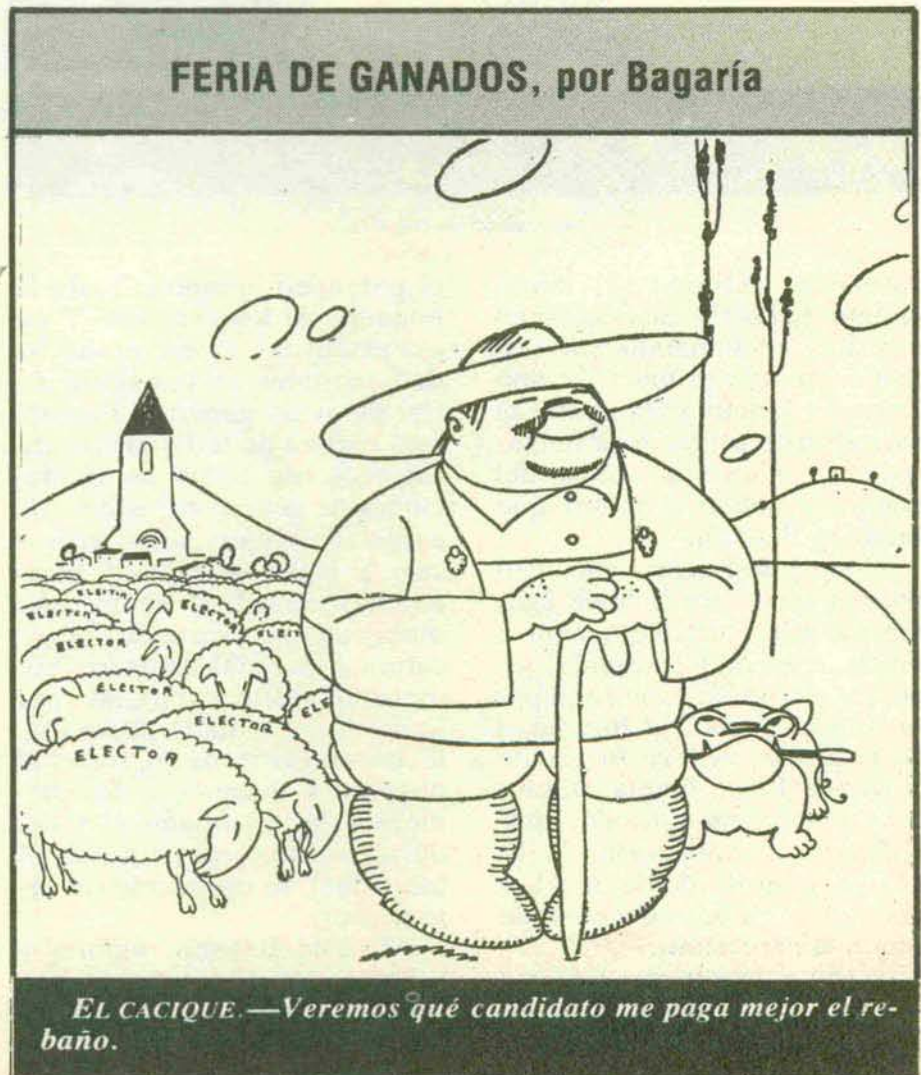


Ilustración de Bagaría.

MARGARITA VOTA MAÑANA, por Bagaría



—¿Lo que me diga Fausto?... ¿Lo que me diga el cura?...
¿Lo que me diga Fausto?...

Ilustración de Bagaría.

aturista. Así sufrió, como Daumier, las fluctuaciones del espíritu, reclamando su alto deber, su orbe propio. Y como Daumier, queda para el arte el caricaturista genial de la humanidad y apenas se salva del completo olvido el pintor que hubo en Bagaría.

El lápiz de Bagaría encontró para la caricatura la línea ágil, limpia, pura, desnuda, neta y nítida, esencial y profunda, señora y soberana. Línea ágil para fijar el atisbo, la fugacidad de la gracia, el leve fulgor de la ironía. Línea limpia, desnuda y pura, neta y nítida: simplificación, abreviación de líneas y puntos; desde muchas líneas llegar a una sola línea de suprema expresión...

El humorismo de Bagaría recorrió todas las escalas de expresión desde el amable gracejo transeúnte hasta la amarga verdad omnipresente, desde

el parpadeo luminoso hasta la hoguera de los mundos. Y en esa extensión, en ese ensanche de horizontes, en esa altura astral de genio genuino, Bagaría está encima de todas las clasificaciones, de todas las limitaciones de género de estilos, de escuelas y parroquias artísticas. Y estas estampas y otras muchas de otros genios demuestran que el arte de la caricatura o del mal llamado «humorismo gráfico», pasando por lo personal, lo individualizado, lo dependiente de la realidad objetiva y llegando a los diámetros de la humanidad y del universo, no es ni personal, ni individual, ni transitorio, ni arte menor.

Ahí está Bagaría, señoras y señores, en obra grande con temas del hombre y de su tiempo. Bagaría, genio que ha sabido crear, sonreír, reír acaso y llorar... ¡con grandeza!»

Aquella exposición de caricaturas inéditas era propiedad de don Gilberto Bosques, a quien Bagaría se las regaló poco antes de morir, y siguen estando inéditas. Recuerdo algunas que merecen ser descritas por su simple y amarga filosofía.

Por ejemplo, unos cartones representan la Creación: el Supremo Hacedor cuelga del cielo las estrellas como si fueran farolillos de verbena, forma los mares valiéndose de una manga de riego, funda el reino animal entreteniéndose en pintar la piel de una jirafa y concluye moldeando al hombre con barro acumulado sobre un tablero de escultor. En la última viñeta, Adán y Eva en el paraíso terrenal son sorprendidos en él por el monstruo de la guerra que los destroza a cañonazos, y el Señor exclama:

«¡Si llego a saber esto, el mundo lo hubiera hecho otro!»

El álbum desconocido

La primera lámina del álbum de limitada edición que Bosques regaló a los amigos es el autorretrato de Bagaría. El dibujante aparece con su propia máscara en una mano delante del rostro; mientras la careta ríe el rostro llora, cayendo una lágrima por la mejilla.

Todas las caricaturas están firmadas y fechadas en 1939, con sus respectivos pies manuscritos por él y las características faltas de ortografía de casi todos los dibujantes.

Ironía y Bagaría son consonantes y son constantes. Todos los dibujos lo trascienden. Todos son crítica feroz de la humanidad.

Hay escenas de convencionalismo salvaje:

Dos caníbales, en una de ellas, están guisando unas piernas de hombre. Uno de ellos comenta:

«Por lo menos, nosotros matamos para comer.»

En la selva, bestias feroces constituidas en tribunal enjui-

cian al mono, que les pregunta:

—¿Por qué me condenáis?

—Por tu parecido con el hombre —contesta el león.

Sería muy largo describir todas las humanas caricaturas que entonces, sin darle importancia, y en sus últimos días, trazó aquel espíritu lleno de gracia e intención, reflejo de una época que se llamó Luis Bagaría.

Visión unamunesca

De él escribió Unamuno en una carta reveladora de la idea que el caricaturista tenía de sus personajes:

«La visión que con su estilo me ha dado Bagaría me hace ver en nuestra *verbeneante* humanidad española una trágica *fetidad*. Trágica y fétida, pues las caricaturas bagaríanas huelen a hedor trágico. Nos han enseñado a mirarnos y a vernos. A vernos como fetos, y más que fetos, que fetos prenatales, fetos posnatales. Están vestidas de secundinas. Que es la más terrible desnudez. Y parecen envueltas en una placenta. A mí me sugieren fatídicas aprensiones de retrovida. Diríase que viven en un mundo que va del porvenir al pasado, en un mundo parasitario.

Por lo que hace a mí —¿y por qué no hablar del feto que más a mi alcance tengo?—, las caricaturas que de mí ha hecho Bagaría, el Unamuno bagarriano, ha influido en mi visión del Unamuno unamuniano, y desde luego en la de mi Bagaría.»

Esta carta, más extensa, fue leída en un banquete que Ramón le preparó a Bagaría en el Palace, que resultó magnífico. Fue una especie de homenaje nacional. En la mesa presidencial y a la derecha del ministro de Instrucción Pública tomaron asiento Bagaría, José Ortega y Gasset y el secretario de la embajada argentina, en representación de su país. En los restantes sitios de preferencia estaban el fundador de *El Sol* y *La Voz*, Nicolás María Ur-

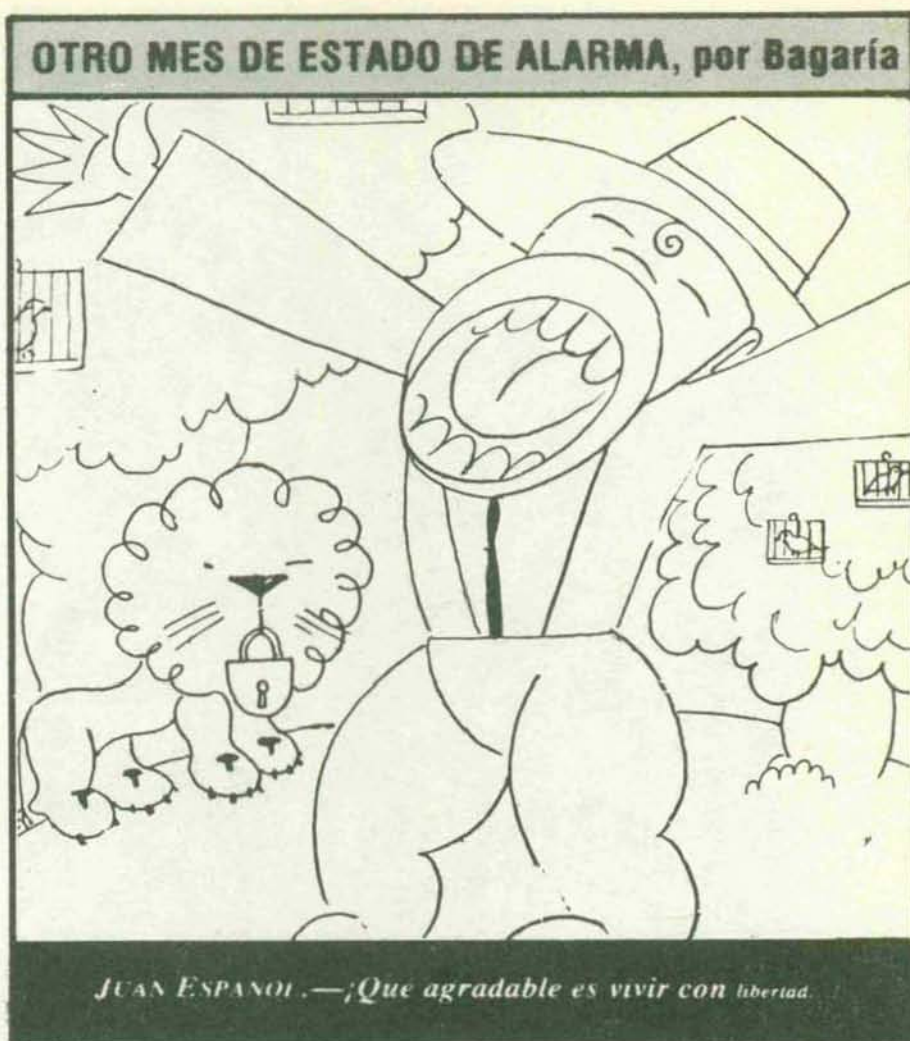


Ilustración de Bagaría.

goiti; el ex ministro y presidente de la Asociación de la Prensa, José Francos Rodríguez; Azorín, el director de *El Sol*, Félix Lorenzo; Gómez de Baquero, Ramiro de Maeztu, Amadeo Vives, Díez-Canedo, Grandmontagne, Eduardo Marquina, Julio Romero de Torres y numerosas otras personalidades hispanoamericanas.

Entre las adhesiones de políticos se leyó una del conde de Romanones, que fue muy celebrada. Iba dirigida a Ramón y decía:

«Mi querido amigo: No asisto al muy merecido homenaje que se tributa al genial Bagaría porque mañana me ausento de Madrid.

Admiro a Bagaría, no obstante los granos que me atribuye en la nariz cuando su lápiz se ocupa de mi persona.»

Ramón contó algunas anéc-

dotas de Bagaría: como le conoció en la inauguración de *La Tribuna* hacía catorce años. Apareció vestido con un esmoquin que después no le vio jamás. ¡Quizá se lo había prestado un camarero!... Estaba tan magnífico y seductor con aquel esmoquin que la Fornarina se prendó de él. Aquella era la época en que Bagaría contaba cómo hizo una exposición de fabricantes de telas en Tarrasa, y como todos tenían cara de fabricantes de tela, menos uno, que tenía cara de otra cosa y que le era muy difícil caricaturizar. ¡Como que era un artista y un mal fabricante de tejidos.

También contó como cuando un día que le estaban hablando sus hijos de geografía, se interrumpió uno de ellos para decir: «¡Pero qué te vamos a contar a ti, si eres un ignorante!»



Don Miguel de Unamuno rodeado de Margarita Xirgu y Enrique Borrás.

Contó como en la cárcel militar le daban puros y le preguntaron si acostumbraba a leer en la cama, haciéndole una instalación especial para que pudiera leer de noche.

«Son como conchas y caracolas muchas de sus caricaturas, que llegan, diversas y ágiles, a las playas claras del caricaturista.»

«Es sentencioso como Goya, al que se parece en una intención superior. Así repite pies como aquellos de los aguafuertes goyescos: *Sí, sí; no es nada lo del ojo, y lo llevaba en la mano, o Mi marido me ha salido cabrón*. Son proverbios de actualidad los suyos, proverbios recién nacidos. A veces son breves como los de aquel español genial, que sólo necesitaba decir: *¡Si resucitara!*»

«Posee Bagaría el don de un retruécano permitido, que va de la alegría a la elegía. A veces sólo con poner un par de admiraciones a un suceso lo consigue todo.»

«Marcha cabizbajo en medio de sus triunfos. Por eso había que cogerle en una fiesta así. El artista está perdido y solitario. Hay que animarle. Sale de su garigola sólo para entregar su trabajo. Su vida es solitaria y sin trascendencia.»

«Está situado espontáneamente frente a las cosas; es el agricultor u hombre silvestre. Lo veo sentado a los pies de un árbol, de esos árboles que están como en una pequeña meseta para que el pasajero se siente. El árbol ese tiene sombra de sabiduría y filtra todas las emociones de la vida, sus

remotos contratiempos y sucesos. Es el árbol de la sabiduría y de la telefonía sin hilos. Bagaría está a su sombra, a su cobijo. Ha encontrado ese árbol entre los árboles.»

Como siempre, Ramón ponía el dedo en la llaga.

POMBIANO 5

Félix Herce

Félix Herce era un médico periodista humorista. Hacía crítica de teatros y una sección en *Últimas Noticias* de México D.F., que se titulaba «Humor en comprimidos», jugando quizá con su humorismo de la medicina; sección que a los seis años de la muerte del autor se seguía publicando firmada por él, cada día con chistes nuevos. Era el único corresponsal del otro mundo que he conocido.

De «Humor en comprimidos» se editaron dos tomos en México. Es de suponer que la mayoría de estos chistes, frases o máximas estuvieran plagias de otros autores, pues entre ellas vi aquella célebre de Jardiel: «Los muertos, por muy mal que lo hayan hecho en la vida, siempre salen en hombros.»

Sin embargo, Félix Herce tenía gracia, esa gracia de café que tanto se derrocha en España. Cuando llegó a México buscaba afanosamente casa para vivir él y su mujer, únicos componentes de la familia. Un día me lo encontré en la calle y me dijo muy contento:

—Ya tengo un pisito monísimo. He ido a verlo esta mañana y he firmado el contrato en seguida.

—¿Dónde? —le pregunté conoedor más que él, por más tiempo en ella, de la ciudad.

Se rascó la cabeza y rematamos de esta manera el diálogo:

—¡Anda! Ya se me ha olvidado el nombre de la calle. Es algo así... algo así... como «tócame-el-cipote»...

—¿Popocatepetl...?

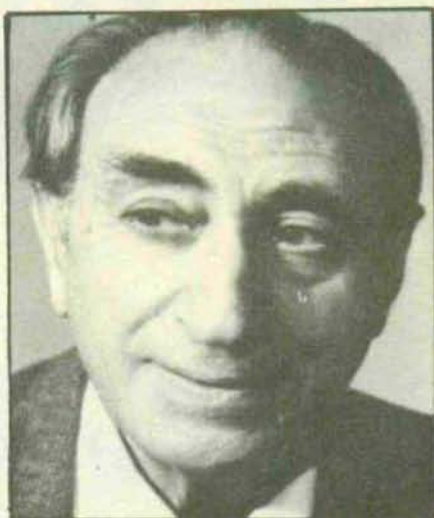
—Eso.

Antoniorrobles

Antoniorrobles fue un día alcalde de El Escorial. Ahora lo tenemos ahí y quizá haciendo todavía cuentos para niños y jugando al mus en un casino. En el Centro Español de México se celebraba todos los años un campeonato muy reñido por parejas. La pareja formada por Antoniorrobles y el doctor Jacinto Segovia —antiguo cirujano de toreros en la antigua plaza de Madrid— ganaron el campeonato de mus durante varios años.

Antoniorrobles fue creador del personaje infantil «Rompetacones» —del que me hablaba con entusiasmo otra especialista del género, Ana María Mátute—, que llegó a tener tanta popularidad en México como el pato «Donald» o el ratón «Micky» de Walt Disney.

La serie de «Rompetacones» se publicaba periódicamente en libros de lujo, perfectamen-



Antoniorrobles.

te editados en color, y constituía el regalo máspreciado para los niños.

La verdad era que Antoniorrobles, además del campeonato de mus, se llevaba casi todos los años el premio de la Secretaría (ministerio) de Educación para cuentistas infantiles.

Intentó seguir publicando novelas humorísticas como en España, pero «no daban nada».

«Por eso —decía— me dediqué a vivir del cuento.»

La casa del ex alcalde de El Escorial era un trasunto madrileño. No faltaba nunca en ella el buen cocido y la frasaquilla, el frasco cuadrado de vino tinto. Ese frasco que no sé dónde habría encontrado, y que llenaba los ojos de lágrimas de añoranza tabernaria a todos los «chuletas» que desfilaban por allí al conjuro de una invitación.

La salud de Antoniorrobles en el exilio siempre fue precaria. Pero el humor no se resentía por eso. A veces, una sombra pasaba por el semblante habitualmente risueño:

«¡Maldita sea! No me quisiera morir sin recuperar el paisaje.»

Ya hace años que lo ha recuperado, y lo contempla todos los días, como dirían los mexicanos, tan «chicho». ■ C. S.



Ramón Gómez de la Serna en compañía de su mujer, Luisa Sofovic, y de José Ignacio Ramos, frente al cuadro de Pombo. Original de José Gutiérrez Solana, exhibido en Buenos Aires en 1947.